

LEONARDO SCIASCIA

Fábulas de la dictadura

"Ya no era necesario preguntarse qué había ocurrido a la cara de los cerdos. Las criaturas miraban, desde fuera, del cerdo al hombre, del hombre al cerdo y, una vez más, del cerdo al hombre, pero les resultaba ya imposible distinguir entre los dos."

(G. Orwell: *La granja de los animales*)

"Los historiadores futuros leerán periódicos, libros, consultarán documentos de todo tipo, pero nadie sabrá entender lo que nos ha pasado. ¿Cómo transmitir a la posteridad la cara de F. cuando está de uniforme de jerarca y baja de su automóvil?"

(L. Longanesi: *Hablemos del elefante*)

SUPERIOR STABAT LUPUS: y la oveja lo vio en el espejo turbio del agua. Dejó de beber y se detuvo, mirando temblorosa aquella terrible imagen reflejada. "Esta vez —dijo el lobo— no tengo tiempo que perder. Y tengo en tu contra un argumento aún más válido que el antiguo; sé lo que piensas de mí y no te atrevas a negarlo". Y con un salto se le echó encima desgarrándolo.

LOS SIMIOS PREDICARON EL NUEVO ORDEN, el reino de la paz. Y entre los primeros en entusiasmarse estuvieron el tigre, el gato, el neblí. Poco a poco todos los otros animales se dejaron convencer.

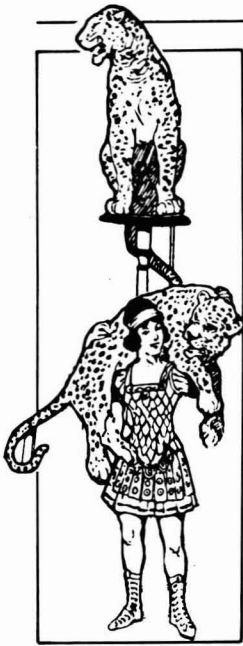
Y fue un regocijo dulcísimo, un fraternal ágape vegetariano. Pero un día el ratón, jugando amablemente con el gato, se halló bajo las uñas del reciente amigo. Comprendió que la cosa regresaba a lo de antes. Con trémula esperanza recordó al gato los principios del nuevo reino. "Sí —contestó el gato— pero yo soy el fundador del nuevo reino". Y le hundió los dientes en el lomo.

CERCA DE LA JAULA DEL CANARIO, el gato de la casa explicaba a un amigo que estaba de visita: "Claro que me gustaría mucho comerlo. Pero por el momento no lo hago: su canto es delicioso, suaviza a menudo mi viejo tedio".



BUSCANDO CON EL HOCICO ENTRE LOS RESTOS DE UN CARRO DE CARNAVAL, el asno descubrió una enorme cabeza de león. Introdujo en ella su cabeza y, medio cegado por la de papel maché que se movía alrededor de la suya como un sombrero encima de un bastón, salió por los campos rebuznando de alegría. Entró galopando en medio de un rebaño tranquilo, enmarañándolo de miedo y confusión. Pronto, sin embargo, el carnero más anciano entendió de qué se trataba. "Eres el señor de todos nosotros —baló— dispón de nosotros como quieras". El asno aceptó el homenaje con altísimo rebuzno. Entonces una ovejita indicó al carnero: "Pero si es sólo un asno". Y el carnero: "Tonto, sé bien que es un asno, pero hay que tratarlo como a un león, si no quieres que sus cocs nos lluevan sobre el lomo. Cuando llegue el patrón, entonces sabremos cómo llamarlo".

EL ASNO TENÍA UN ALMA MUY SENSIBLE, hasta componía versos. Pero cuando su patrón murió, confesaba: "Lo quería bien, cada uno de sus bastonazos me inspiraba una rima".



EL PERRO LADRABA A LA LUNA. Pero durante la noche el ruiseñor calló de susto.

SOBRE LA RAMA EN FLOR EL HOMBRE ATRAPÓ A LA MARIPOSA ABSORTA. La detuvo un poco en su mano observando el color y el diseño de las alas. Luego la soltó y miró el polvo negrodorado que se había pegado en sus dedos. Danzándole en torno, la mariposa pensó: "Ve a lavarte los dedos ahora; este polvo resplandece sólo sobre mis alas".

EL ZORRO ESCARNECÍA AL CUERVO POR SU NEGRURA. "Vieras qué efecto cuando me apoyo sobre el cándido busto de Minerva", graznó el cuervo. El zorro no sabía de Edgar Poe; pero sintió por dentro una aguda resquebrajadura de hielo.



fecha fue el topo. "En invierno —dijo—, hay tantas cosas favorables en invierno". Y aquí se volvió elocuente y preciso, y fue aclamado. Los otros no pensaron que en invierno los topos duermen profundamente.

Desde hacía años el perro, cuando se sentaba aburrido a los pies de su patrón, amaba la fresca sensación que le proporcionaban sus zapatos: el patrón usaba un buen barniz de trementina. Así, lentamente, el recuerdo de las patadas recibidas y por recibir, se fundió con aquel olor agradable y adquirió cierta voluptuosidad. La patada fue sólo un olor.

Pero un día el patrón usó otro barniz, de un olor más turbio, como de petróleo y de sebo. Desde entonces, las patadas llenaron al perro de disgusto.

TAN GRASO ERA EL CERDO, que por toda la noche no sintió al ratón roerle una cadera. Entre sueño y vigilia, a la mitad de la noche advirtió sólo una agradable cosquilla, tan agradable que cayó en sueño profundo. Cuando, en la madrugada, empezó a salir gruñendo del sueño, el ratón huyó dejándole en la cadera un repugnante hueco de sebo.

EL LEÓN COMÍA CON APETITO SU ABUNDANTE ALIMENTO, y el lobo gruñía de hambre a su alrededor.

Terminado de despulpar el último hueso, el león pareció darse cuenta de aquella queja frenética. "Espero —dijo— que no te quejaras de mi comida. Si como, lo hago sólo por ustedes. De hecho, sin mí no sabrían ustedes cómo vivir". Y el lobo: "Sin ti seguramente moriríamos, pero quizá no moriríamos de hambre".

DENTRO DEL ARMADIJO, uno de esos armadijos parecidos a la jaula, el ratón estaba quieto, lleno de disgusto y de aburrimiento. El hombre entró en la cocina y se quedó mirándolo. Cuando encontró sus ojos, el ratón entendió que estaba escogiéndolo cómo darle muerte. "Pobrecito —pensó— está pensándolo más que yo que tengo que morir".

ENTRE LOS TECHOS Y LOS CAMPANARIOS DE UN ANTIGUO MONASTERIO, los cuervos impusieron su superioridad numérica a gorriones y palomos; y hasta al viejo mochuelo, pesado de sentencioso sueño. Decían los cuervos que su dominio sobre los otros pájaros estaba predestinado por la naturaleza debido a la hermosa negrura de su plumaje; que solemnidad y autoridad no podía tenerlas otro color que no fuera el negro. Y así, los otros pájaros, con el aval filosófico del mochuelo, se convencieron.

Pero un día vieron a los cuervos más viejos colgar en sus alas, y graznando de satisfacción, estupendas plumas de pavoreal, y a los cuervos más jóvenes, escarbar entre los tejados en busca de las plumas caídas de los palomos.

UN DÍA DE FERIA UNA PEQUEÑA SERPIENTE SE HALLÓ, maligna, cerca de un cerdo. Se quejó: "Entre los hombres no queda ya de mí, más que algún viejo letrado de farmacia y me duele por ellos, porque yo les enseñaba tantas cosas. Veo que, por el contrario, muchos se complacen en mostrar tu hocico sobre su cuello". "Se ve que gozan de buena salud", contestó irritado el cerdo. Pero al voltearse, lleno de indignación por semejante discurso, entrevió el hocico de otro cerdo que colgaba sobre sí. Miró mejor: era una cabeza colgada de un gancho, que parecía ofuscada por el sueño. "El resto del cuerpo —le musitó la serpiente— ha sido ya vendido".

LOS RATONES, LOS TOPOS, LAS GARDUÑAS, todos los animales que roían a la orilla de una granja, proyectaban una ocupación revolucionaria de la despensa y del gallinero. El plan era óptimo, pero el que se preocupó por la



EN EL SURCO DEJADO POR LOS CARROS, los muchachos depositaron el sapo torturado. Al primer carro que llegó, el asno, extenuado, que lo jalaba, logró sacarle las ruedas del surco. Habiendo husmeado el tormento del sapo, no tuvo el valor de aplastarlo. Decepcionados, los muchachos corrieron a depositarlo sobre el hierro del carril. Cuando el tren traqueteó de repente, el sapo pensó: "Verdaderamente, no puedo quejarme del progreso".

AL APARECER DE REPENTE EN LA DESPENSA, la abundancia de quesos y de jamones llenó de estupor al ratón. "¿Cómo haré —se preguntó preocupado— para comer toda esta cantidad?" Decidió empezar por una pequeña costrilla de queso, considerando que había caído providencialmente para abrirle el apetito. Y el armadillo se disparó, liberándolo de la preocupación de toda aquella cantidad por comer.

"ESTÁ BIEN, mi esposa será la vaca que tú dices —contestó el buey al indiscreto argumentar del caballo—, pero sin duda la amistad del toro me honra".

EL TRUCO DEL FILÓSOFO PUSO NERVIOSO A AQUILES. Y la tortuga: "No le prestes oído —dijo— todos saben cuán veloz es tu pie. Más bien debería quejarme yo. En otra ocasión inventaron una carrera entre yo y la liebre; hoy, este filósofo lanza su lazo a tu pie, dándome la ventaja. Pero yo apenas sé marchar; y no hay más que mi larga vida que pueda ganarle a tu pie".

LLENO DE LLAGAS Y DE ACHAQUES, el viejo caballo se acerca al comedor sólo cuando el mulo se alejaba. Y el mulo pensaba: "Sí, tu raza es pura, pero el heno que tú comes es el que yo te dejo".



más astuto tuvo una fea sospecha: "Nuestra madre no tiene ganas de criarnos; quizás se sentiría más segura si nosotros cayéramos en la boca de ese perrazo".

EL ZORRO ADULABA Y EL LEÓN ESCUCHABA CON ENCANTADA SATISFACCIÓN. Y el ciervo, cándido: "Majestad, —le dijo— Renardo os engaña, no hay una sola palabra suya que sea sincera". El león tan inoportunamente sacado de su embeleso, se dirigió a él, feroz: "Eres un sucio traidor, —dijo— ¿no crees entonces que yo soy magnífico, que yo soy poderoso y justo, terrible y bueno? ¿opinas entonces que soy un simio que no sabe distinguir entre la admiración justa y la adulación vacía? Renardo es un buen súbdito y tú, un consejero malvado". Y ordenó que el ciervo fuera inmediatamente despedazado.

HABÍA LUNA GRANDE, y el perro del hortelano y el conejo, separados por un alambre de púas, parlamentaron quietamente. Dijo el conejo: "Tú no comes las hortalizas, el patrón te alimenta con salvado y patadas. En la noche podrías dormir serenamente y dejarme un poco en paz entre las verduras y las sandías. El hecho de que tú me inspires miedo, no quiere decir que tu condición sea mejor que la mía. Deberíamos reconocernos hermanos". El perro escuchaba, tendido perezosamente, con el hocico sobre sus patas. Y luego: "Lo que tú dices es verdad, pero para mí nada existe que valga el gusto de inspirarte miedo".

MIRANDO AL HOMBRE DE UNIFORME, encerrado y rígido dentro de tanto esplendor, el simio pensó: "En el fondo, mi condición no es triste: como bien, hago mi gimnasia, la gente que se amontona ante esta jaula me divierte. ¡Pero quisiera tanto tener un traje como el suyo!

MUTILADA, la lagartija huyó para esconderse entre las piedras. Entre la hierba la cola cortada se movía rápida y convulsa. "Aplástala, rápido —dijo el campesino a su hijo—. Es maligna, la lagartija; su cola se agita para maldecirnos".

EL GALLO HABÍA CANTADO YA DOS VECES, y el cielo, gélido y gris, se veteaba de rosa. De repente, en la obscuridad del gallinero se advirtió la presencia atroz de la garduña. Las gallinas volaron locamente sobre los caballetes, y el gallo se volteó hacia donde sentía a la garduña encorvarse y encogerse para saltar. De golpe la tuvo encima. Y sintió en su cuello sus dientes agudos y ávidos, chupar, chupar...

En la casa de al lado el hombre esperó en vano que el gallo cantara la tercera vez. Volvió a hundirse entre las colchas y en el sueño rechazó la contricción ya lista. ◇

UNA CUBETA DE AGUA VOLCADA ENTRE LAS PIEDRAS Y LA NOCHE HELADA, engañaron al caracol. Moviéndose voluptuosamente su cuerpo jelatinoso entre las piedras mojadas, jaló lentamente su concha y sintió en la húmeda frescura de la tierra el mudar favorable de la estación. Pero, dentro de aquel gran montón de piedras el camino fue largo. El caracol se halló afuera cuando el sol ya freía.

LA MADRE TENÍA UNA GRAN PRISA DE QUE SUS GORRIONCITOS, todavía implumes, forzaran sus alas al vuelo. Divisando a un perro vigilante bajo un árbol, el gorrioncito

